sufrió, sin contestar, sobre su derecha las nutridas descargas de fusilería del enemigo, reservándose hacer fuego sobre una columna mas fuerte que se le presentaba al frente. Siguióse una descarga destructora sobre la columna asaltante ántes que esta pudiera recobrarse del choque. La maniobra de Diaz tuvo un éxito completo, y con un pequeño esfuerzo mas logró poner al enemigo en fuga. Sobre la marcha se comenzó la persecucion y la carnicería, avanzando los soldados de Diaz por sobre cadáveres y moribundos, á la vez que sus gritos de regocijo resonaban entre las montañas, llegando el eco de ellos á los oidos del enemigo que ya se habia descorazonado completamente. Trejo volvió á Oajaca con una sétima parte apenas de los setecientos hombres que habia llevado consigo.

Rosas Landa, entre tanto, habia hecho entrega á Salinas del mando que ya le era desagradable, apresurándose á pedir al supremo gobierno, situado entónces en Veracruz, nuevos auxilios. Llegó á aquel puerto cuando se acababa de recibir la noticia del triunfo de Diaz. Tales hazañas, consumadas por un oficial jóven con un puñado de hombres, no pudieron ménos que provocar ciertas observaciones nada honoríficas para el general, principalmente cuando este habia dejado su puesto sin licencia. José María Cobos fué un hombre que en alas de la fortuna se levantó á una altura tal, que se conquistó la admiracion de una persona al ménos, la de él mismo. Habiendo empezado por contrabandista y tendero al menudeo, llegó con el favor de Santa Anna á oficial vivo y efectivo del ejército. Siguiendo así puramente los movimientos de esa veleta política, de ese manipulador triton, cambiaba como él de un partido á otro, y así fué recorriendo la escala militar; miéntras otros oficiales inteligentes pero ménos agudos, con dificultad conservaban apenas sus primeros empleos. Estos últimos adelantaban, cuando mas, lentamente en la carrera militar, pues no hacian otra cosa que esgrimir la

espada, y derramar su sangre en defensa de fantásticos principios, en vez de dirigir sus esfuerzos á cosas mas positivas, y aprovecharse de la debilidad de un gobierno tímido, valiéndose de las intrigas de partido. Cobos jamás se dejó arredrar por enemigos morales, ni retrocedió tímidamente ante contrarios mas débiles; tampoco se descuidó de apoyar sus pretensiones hasta con importunidades. Los reveses parciales no le abatian, antes bien despertaban en él mayor perseverancia y mas disposicion á doblegarse. Otros logran grangearse la admiracion de sus subordinados con actos heróicos; mas él supo ganarse la adhesion de los suyos con lisonjas, y comprar su afecto con generosas dádivas de bienes secuestrados; con esos medios mantenia la influencia y fama de general muy popular.

Por mas de dos meses estuvo Cobos saboreando la satisfaccion con que veia los acontecimientos, haciéndose la reflexion de que todavía era dueño de la situacion en Oajaca, miéntras que sus subordinados sobrellevaban la violencia de los ataques y las derrotas en los campos de batalla. La actitud pasiva de sus adversarios, ocupados entónces en reponer su equipo y armamento, le dió nuevos brios, y pensó en levantar fuerzas bastantes para asegurar un éxito definitivo. Juzgó que para ello sería muy divertido hacer caer en una celada al enemigo; y en consecuencia, hácia fines de Julio mandó á uno de sus ayudantes que propusiera á los liberales la entrega de la capital del estado. Afortunadamente, Diaz tuvo la cautela de no dar pasos aventurados en esa negociacion, y al descubrir la red que se le tendia, retiróse con Salinas á las haciendas de San Luis y de Dolores, distantes dos millas de la ciudad, y situadas al pié de la cordillera.

Otro jefe que no fuera Cobos habría sacado partido desde luego, dando al enemigo una terrible carga; mas él no era de esa clase de hombres enérgicos, sino por el contrario, calmado, cualidad que á menudo le valió para sacar provecho hasta de los fracasos. El movi-

miento de los liberales le dió á conocer que no tenian mas que setecientos hombres y tres piezas de artillería, miéntras que él podia contar con una fuerza tres veces mayor. He ahí, pues, una buena oportunidad en que pudo recoger seguros laureles y mostrar á sus subordinados la manera de hacerlo. De consiguiente, el dia 5 de Agosto emprende la marcha á la cabeza de 2,000 hombres y doce piezas de batir para humillar al enemigo. Prepárase á atacar su campo; mas tan defectuosas son sus disposiciones que casi inutilizan á una gran parte de sus fuerzas.

Diaz percibe inmediatamente aquel desatino, y despues de que el enemigo ha quedado rendido de cansancio, atacando en vano su bien escogida posicion, aprovecha el momento en que retrocede en desórden para arrojarse sobre él con uno de sus empujes irresistibles. La línea del frente es batida, y se replega en confusion sobre el grueso de la fuerza, amenazando arrollarla. Cobos, sin embargo, se repone avanzando oportunamente con la reserva, la cual con una terrible descarga contiene á los liberales abriendo sangrientas brechas en sus filas; miéntras tanto, el resto de la fuerza trata de rehacerse apresuradamente para volver á la carga. Hay mas todavía; para colmo de males, Diaz queda herido. Empero, fijo en su propósito, y con la seguridad de un próximo triunfo, no se cuida de sí mismo. ¡Adelante! exclama, y ántes de que sus adversarios se hayan rehecho, les da otra carga, con la que los pone en completo desórden, llenándolos de tanto pavor, que logró llegar á la batería misma, la cual se mantiene muda detrás de las filas fugitivas. Apodérase de ella sin pérdida de tiempo, y volviendo los cañones contra los anteriores poseedores, aumenta la confusion de estos con el estruendo, y parece que el ronco zumbido de los gruesos proyectiles y el agudo silbo de la fusilería daban alas á las víctimas de aquel terrible pánico, quienes buscaban algun lugar que les prestase seguridad. Tras este esfuerzo Diaz se siente desfallecer con la pérdida de sangre;

á pesar de esto continúa estimulando á sus tropas para que sigan adelante en persecucion de los derrotados reaccionarios; y llevado en hombros de sus fieles soldados se mantiene en el campo, haciendo picar la retaguardia del enemigo, hasta la misma ciudad, de cuya plaza se apodera, á la vez que Salinas se hace dueño de la parte del norte.

Alcanzadas estas ventajas, comenzáronse desde luego los preparativos para poner sitio el dia siguiente á los conventos. Aquí, como en las demás poblaciones, los fuertes muros de esos edificios han sido convertidos en ciudadelas con su correspondiente artillería, cuyo aspecto amenazador reemplaza en los pórticos, las terribles miradas de los vigilantes frailes, miéntras las hendidas troneras y derruidas cornisas hablan de ataques mas dañinos que los del tiempo. Soldados bulliciosos reúnense ahora al toque de clarines y tambores, reemplazando con el estrépito de las armas y sus canciones de guerra, la armonía de las campanas y el canto suave y melodioso de los frailes, y con el brillo de las bayonetas y el fulgor de la pólvora, la claridad apacible de los cirios.

Desde el rayar del alba nótase gran agitacion en el campamento que se apresta á comenzar las operaciones. Colócanse debidamente los cañones quitados al enemigo, esperándose sacar de ellos esta vez mayores ventajas que en la anterior. Mas es cosa singular que ni el mas ligero ruido llega de los conventos. Todo está tranquilo. Acaso se trata de un nuevo lazo. Pero no: á poco descúbrese lo que pasa. Cobos ha huido con el favor de la oscuridad de la noche, y ayudado tambien por los ruidosos preparativos de sus enemigos, á refugiarse en las fuertes posiciones de la Mizteca.

Durante la forzada reclusion del coronel Diaz para curarse la herida que recibió en un pié en la última accion, se paralizaron á tal grado las operaciones de la fuerza liberal, que envalentonado el enemigo volvió á presentarse en el valle. En su disgusto renegaba

Diaz de las muletas y los vendajes. Acordóse entónces de su hermano Félix, que en esas circunstancias podia ayudarle eficazmente.

Félix Diaz era el menor de la familia, y desde la infancia era el predilecto de su madre y de sus hermanas. Empero, los asiduos cuidados de aquel cariño femenil se avenian muy mal con las inclinaciones que tuvo desde niño por toda clase de pasatiempos turbulentos, y con sus instintos bélicos que le hacian ver con indiferencia los peligros á que exponia su persona y hasta su propia vida; cosa que tenia en constante alarma á los de su casa. Doña Petrona buscaba en vano en aquel carácter atolondrado algun rasgo que animase la débil esperanza que no abandonaba, de tener en la familia un clérigo, ó por lo ménos un hijo que permaneciera á su lado para servirle de apoyo en la vejez. Don Porfirio, como jefe de la familia, habia decidido que era mejor dejar que las inclinaciones del muchacho siguieran su curso; y en consecuencia, lo envió al colegio militar de Méjico, de donde á su debido tiempo salió de alférez, destinado al 3r regimiento de caballería.

Fué iniciado entónces en las diferentes fases de la guerra contra los indios sublevados, en la que las atrevidas sorpresas, felices en unas ocasiones, y chasqueadas en otras, realzaron su fama en medio de las penalidades de la guerra de montañas, siempre acompañada de marchas forzadas, de escasez de alimentos y de constantes peligros; infundiéndole, con el aire vivificante de la tierra, la inspiracion que brota de la grandeza y hermosura de la naturaleza, y de donde dimanan á menudo, un elevado patriotismo y grandes hazañas. Despues de esas duras, aunque provechosas lecciones, se dedicó á apoyar la causa del progreso y de los derechos del pueblo contra los designios de los conservadores, con lo que vino á asemejarse mas al hermano, á cuya prevision y afecto debia su carrera, y distinguióse en muchos encuentros con tan buen éxito, que estos le valieron rápidos ascensos.

Don Félix presentaba el verdadero tipo del soldado en su físico robusto y muscular, que se revelaba en la seguridad y soltura de su andar y de todos sus movimientos, así como en la accion de su vigoroso brazo; con una voz estentórea que podia oirse en medio del estruendo de una batalla; con el rostro simpático por la cordial franqueza que reflejaba en el trato con sus amigos la amabilidad de su carácter, á la vez que sus ojos á menudo daban á conocer cuanto apreciaba él lo chistoso; todo eso desaparecia en lo recio del combate tornándose sus miradas en rayos de repelente fiereza.

Faltábale esa admirable combinacion de la vivacidad natural y el reposo exterior que en Don Porfirio hacian adivinar la fuerza sojuzgada por una prudencia sagaz. Carecia tambien del magnetismo que atrae, é influye en el ánimo de los hombres, ó la rápida percepcion y presciencia, la pronta resolucion y firmeza, que en su hermano llegaron á desarrollarse en un genio directivo que no se dejaba conmover, ni aun por las tempestades que él mismo desataba.

Don Félix era de un espíritu indomable al que no podia poner freno la prudencia, y la atmósfera en que con mas gusto respiraba era la del ciclon cuando con mas violencia rugia; siendo para él las aventuras la poesía de la vida, y los peligros su deleite.

El coronel Salinas, que aun conservaba de nombre el mando de la fuerza, no podia dejar de conocer la superioridad del talento de Diaz, ni negar que este hubiese sido en realidad quien habia dirigido todos los movimientos con el mayor acierto. Salinas quiso disculpar su poca actividad con la falta de municiones. Estas, en efecto, no podian obtenerse de pronto; mas Diaz no se detuvo ante esa dificultad, y mostró cierto número de cajas vacías para inspirar confianza á sus soldados. Partió en consecuencia el teniente coronel Félix Diaz para auxiliar á Salinas en calidad de su segundo, y los dos, encontrándose con Cobos en las Sedas consiguieron al fin derrotarlo. Para premiar

esas diversas acciones, Salinas fué ascendido á general de brigada, y Porfirio Diaz á coronel del ejército de línea.

Encontrándose ya los liberales sin nadie que les disputara la posesion del sur, ambos jefes recibieron órdenes de formar una brigada para operar en los estados del centro. Esta, compuesta de dos batallones á las órdenes de los tenientes coroneles Velasco y Montiel, un cuerpo de lanceros al mando de Don Félix, y una batería mixta, se unió á la division del general Ampudia en Tehuacan, y despues de varias escaramuzas en Puebla, se puso en movimiento para auxiliar á Ortega que marchaba sobre la capital de la república; mas no llegó á tiempo, aunque sí para tomar parte en la persecucion del enemigo y hacer su entrada triunfal en aquella ciudad. Despues de otra campaña sobre Chacon, se recibieron órdenes para disolver la brigada, dándose de baja á los soldados por no haber ya necesidad de tanta fuerza, y tener resuelto el gobierno que se hicieran economías en todos los ramos.

Al volver los soldados, llevaron consigo la fiebre tifoídea á Oajaca, siendo uno de los invadidos el coronel Diaz, quien, sin embargo de estar postrado, tuvo el consuelo de ver que sus conciudadanos, en debido reconocimiento á sus servicios, lo eligieron diputado al congreso general. Este acontecimiento no pudo ménos que alentar su espíritu, y revivir en él la ambicion que por tanto tiempo habia abrigado de concluir en la capital el estudio de las leyes y ser recibido de abogado; pensamiento que le sugiriese, no tanto el deseo ó la esperanza de dedicarse á la abogacía, cuanto el convencimiento de que aquella instruccion le serviría para alcanzar la realizacion de nuevas miras despertadas por su carrera en el congreso.

Al mismo tiempo la idea de separarse del ejército no le halagaba de ninguna manera; pues, durante estos últimos años, se connaturalizó tanto con las peripecias de la guerra que, mas que todo, amaba la vida militar. Eran en gran parte las ideas que lo sugeria su

propia aptitud, de la que casi no tenia conciencia, las que le hacian, á pesar de su modesta reserva, aspirar al puesto á que realmente estaba llamado, esto es, al de gobernar á los demás hombres. En el campo de batalla, rodeado de sus fieles compañeros, experimentaba mas que en ninguna otra parte el placer de la ambicion satisfecha. Allí podia abrirse camino, sin luchar tanto contra los celos y la envidia que debia afrontar en el terreno legislativo. Las penalidades de la guerra habian sido hasta entónces las dulzuras de su vida, y el fragor de la batalla resonaba aun en sus oidos cual música armoniosa. Mas tiene que doblegarse ante la suerte que ahora le empuja hácia la capital de la república, donde debe labrar, como legislador, otro escalon para ascender á la grandeza.

Aunque virtualmente destruidas las fuerzas conservadoras, continuaron sus hostilidades en partidas, diseminadas principalmente por las regiones montañosas, capitaneadas por jefes que no pudieron hallar mejor ocupacion que vivir de la guerra, la cual les ofrecia muchos y tentadores premios en forma de ricos botines y de préstamos forzosos, sin contar con los auxilios que les proporcionaban la iglesia, los conspiradores, y sus satélites. ¿Qué les importaba á estos ó á aquella la calidad de los medios, cuando se trataba de fines para ellos tan santificados?

El mas prominente entre los jefes revolucionarios era entónces Leonardo Marquez, quien poco ántes habia sido el brazo derecho de Miramon, y que ahora por la política de paz y economías seguida por Juarez, se aventuró á ensanchar sus operaciones hasta atreverse por fin, en Junio 24 de 1861, á atacar la capital, acercándose á ella por la calzada de San Cosme. Hallábase justamente en sesion la cámara cuando llegaron hasta allá las inesperadas nuevas. Siendo Diaz, como él mismo lo dijo, "soldado ante todo," pidió desde luego permiso para retirarse, y fuése corriendo al lugar del peligro, por entre grupos de ciudadanos consterna los. Sucedió que el ataque lo resistieron las

fuerzas de Oajaca que estaban acuarteladas en el convento de San Fernando, al mando del general Mejía. La venida del coronel Diaz fué celebrada con los gritos de alegría de sus antiguos compañeros de armas, y sirvió no poco para avivar su entusiasmo. Mejía aceptó con anhelo sus servicios, dándole un trozo de fuerza con la que cayó sobre el flanco izquierdo del enemigo. Marquez habia preparado una sorpresa, y no contaba con tan veloz retorno del *boomerang*. El resultado fué una diversion que sacó á los defensores de San Fernando de su predicamento, y los permitió hacer una contracarga que prontamente se convirtió en persecucion del enemigo puesto en fuga.

La importancia del auxilio que Diaz prestó puede mejor comprenderse por el aprecio que de él hizo el gobierno, dando á dicho jefe el mando de la brigada de Oajaca en sustitucion de Mejía, que se habia enfermado, con órden de incorporarse á la division de Ortega, quien estaba á punto de ponerse en marcha á destruir los restos del ejército conservador. Tras una fatigosa persecucion de dos meses por el sur de Méjico, con sus correspondientes marchas y contramarchas, llegó á saberse que Marquez se hallaba en Jalatlaco, y que su fuerza constaba ya de cuatro mil hombres con cinco piezas de artillería. Envióse á Diaz por delante con su columna ligera para detenerlo miéntras llegaba Ortega con el grueso de la fuerza. Diaz no era, como ya lo hemos visto, hombre que se desentendiera de su deber como subordinado, ni que procurara sacar provecho á costa ajena; mas por los informes recogidos, juzgó que con un pronto y decisivo esfuerzo podia en esa vez obtenerse definitivamente el objeto de la campaña, miéntras que la dilacion podría hacerla prolongar, y tal vez fracasar.

Forzando la marcha llego hasta muy cerca de la poblacion. Allí descansó hasta que llegó la noche: avanzando entónces guiado por personas que conocian bien el terreno. La quietud mas perfecta reinaba en el campo enemigo. Los soldados se habian entregado

al reposo tanto tiempo turbado por una violenta persecucion muy de cerca. Hasta los centinelas parecian haberse rendido á la dulce persuasion de una mentida seguridad, y á los encantos de la lumbre del vivac. Mas no era así; pues un repentino "¡Quien vive!" vino á demostrar que el movimiento habia sido descubierto. Abandónase entónces el sigilo, y dando un grito entusiasta y haciendo una descarga en varias direcciones, que se armonizó bien con el prolongado toque de alarma de los tambores, los liberales caen sobre las avanzadas y penetran por las calles del pueblo. Y todo bien mirado, no hubo mucho descuido, pues á poco el avance es contenido por columnas bien ordenadas y compactas, como se pudo juzgar por los fulgores de un nutrido fuego de fusilería. Los asaltantes se replegan á los edificios en busca de abrigo, expiando las oportunidades de contestar los fuegos, y saltando de punto en punto, de esquina en esquina, unas veces bajando á la carrera por las callejuelas que les favorecian, ó atravesando algun jardin para desalojar á algun tirador certero que ocupaba la azotea.

Es sin duda una diversion excitante, ese juego de *escondidillas*, acechando, apuntando y haciendo fuego, con el que se mata un hombre á cada tiro; mas en breve ya no es posible avanzar sino mas despacio á cada paso, por en medio del laberinto de calles desconocidas; creciendo, con la oscuridad de la noche, el temor de verse atacados á cualquier momento desde mas de una direccion: este temor no carece de fundamento, pues Marquez bien presto percibe la situacion y procura flanquear á sus contrarios, quienes en breve se ven muy comprometidos; porque los soldados de Marquez conocen bien los puntos á propósito y las avenidas por donde deben acometer, y tienen fácil acceso á las casas desde donde hacen terribles descargas. Los liberales sufren fuertes pérdidas. El capitan Ormaña entre otros es hecho prisionero, con toda su compañía y conducido al cuartel general: "Fusiladlo!" grita Marquez con los ojos centellantes de

furia. Mas el oficial encargado de ello tuvo la prudencia de ocultarlo y esperar el resultado del combate.

Diaz empieza entónces á comprender que se ha aventurado demasiado: mas ya es tarde para retroceder. La suerte está echada y tiene que triunfar ó que perder la vida en este lance. Con tal motivo procura, ante todo, convencer á los suyos de que no hay otra alternativa que la victoria ó la muerte.

Así vuela de calle en calle para dictar lo mas conveniente, é infundirles ánimo. De súbito á la vuelta de una esquina se encuentra frente á frente de un peloton de soldados enemigos, los que al mismo tiempo que lo cercan, lanzando un grito de alegría, le tienden los fusiles. Al momento, el caballo asustado y sin obedecer á la rienda, salta hácia un lado, por entre las filas que lo envuelven, bajando por una calleja, aguijoneado por el ruido de los disparos que felizmente no tienen resultado. Diaz se salva, y puede decirse que aun ántes de percibir él mismo la magnitud del peligro.

La lucha continuó con mas furia, alumbrada por la rojiza luz de los edificios incendiados, cuyo fulgor parecia aumentar ó disminuir con el espantoso rugido del cañon, el ronco alarido de los asaltantes y los dolorosos ayes de los heridos y moribundos. Afortunadamente, la brigada de Oajaca se componia en gran parte de veteranos aleccionados por su jefe actual, á quienes las dificultades de su situacion léjos de desalentar, les infundian mayores brios. Á eso de media noche habian penetrado hasta muy cerca de la plaza, la que con su batería, que poco ha comenzara sus disparos, se habia hecho el punto objetivo. Diaz en persona guiaba á los suyos, quienes animados por su ejemplo, cargaron con tal denuedo, que penetraron por entre las filas de sus contrarios hasta llegar al término deseado.

Marquez tenia debilitado su centro, por haber destacado una gran parte de lo mejor de su fuerza á operar

sobre el flanco y retaguardia del enemigo, quedando tambien cerca de su persona una turba de hombres y mujeres, de los que van siempre en pos de la tropa, que no hacian mas que estorbar sus operaciones.

Sin embargo, él permaneció firme y alerta, alineando su despedazada columna. No era tiempo de tener compasion de esos indefensos, gente inútil, si no era acaso para servirse de ella como de una pantalla, miéntras se reorganizaban las filas. Diaz se apoderó de los cañones y los volvió sobre las agitadas masas, aunque no sin estremecerse de horror ante la inminente carnicería. En ese instante un oficial se adelantó rápidamente con los brazos extendidos para anunciar que se rendian. Diaz respiró como aliviado de un gran peso, y mandó levantar las bocas de fuego para que hicieran sus estragos mas allá, y obligaran á rendirse á los demás, lanzándose él hácia adelante para completar el triunfo. La rendicion, sin embargo, habia sido hasta cierto punto un ardid; pues á la par que unos cuantos depusieron las armas, entre ellos el subteniente bajo cuya custodia se hallaba Ormaña, y que se habia entregado á su prisionero, mucha parte de las desparramadas fuerzas de Marquez se alejaban, deslizándose protegidas por la oscuridad que por instantes aumentaba, y por la densa nube de humo.

Esta memorable victoria, digna de un Cortés ó Alvarado, y que ponia de manifiesto que no solamente los invasores extranjeros podian ejecutar hechos de increible valor, fué alcanzada el 13 de Agosto de 1861, cuarto aniversario de uno de los primeros triunfos de Porfirio Diaz. De ninguna manera agradó á Ortega aquel acto de desobediencia, que daría todo el fruto y toda la gloria de esta campaña á un subordinado; mas conociendo que el gobierno premiaría con gran placer aquellas proezas, sin tener en cuenta los medios, ó la manera con que se habian realizado, ántes que parecer celoso, se apresuró á recomendar al delincuente. La entrada de Diaz á la capital fué una marcha triunfal, cuyo esplendor aumentó considera-

blemente una entusiasta manifestacion popular, fiel testimonio de reconocimiento á los servicios que prestó libertando al sur, y recientemente á la ciudad. Frescas estaban aun las flores con que los ciudadanos regaron su camino, cuando ya el gobierno le habia ceñido la banda de general de brigada.

La falta de actividad en el gobierno, la partida de Gonzalez Ortega para el norte con una gran parte de las mejores tropas, y el creciente disgusto de la tropa por el descuido de no pagarle sus haberes, dieron tiempo y medios á los conservadores para recobrarse, especialmente con el estímulo de una intervencion extranjera en perspectiva. Puebla, Pachuca, y otros lugares cayeron en manos de ellos; el valle de Méjico fué invadido de nuevo, y la capital se vió tan de cerca amenazada que fué necesario declararla en estado de sitio. Envióse al general Tapia con casi todas las fuerzas de línea á hacer una nueva campaña, quedando el ministro Zaragoza con los guardias nacionales para defender la capital; lo cual llenó de consternacion á los habitantes inermes, muchos de los cuales salieron en busca de mas seguro asilo. Afortunadamente, la expedicion restableció la confianza hasta cierto punto, con la victoria decisiva obtenida el 20 de Octubre de 1861 en el Real del Monte, contra las fuerzas combinadas de Marquez y Tomás Mejía; victoria que se debió casi exclusivamente al general Diaz, cuya brigada formaba la principal columna, quien con una prevision rápida se posesionó de las dos alturas dominantes olvidadas por el enemigo, y en seguida se precipitó sobre sus mal organizadas filas con uno de esos empujes irresistibles que acostumbraba. Esta vez tambien recibió la parte del leon respecto de los aplausos prodigados en la capital á sus salvadores, aplausos prolongados durante una serie de festividades.

CAPÍTULO XV.

CINCO DE MAYO.

1861-1863.

ELECCION DE JUAREZ—MUERTE DE LERDO DE TEJADA—TRIUNFOS DEL GENERAL DIAZ—CONSTITUCIONALISTAS Y REFORMISTAS—INTERVENCION EXTRANJERA—EL CUERPO DE OBSERVACION—EN LAS CUMBRES DE ACULTZINGO—BATALLA DE PUEBLA—REFUERZOS FRANCESES—SITIO DE PUEBLA—DIAZ EN MÉJICO—EL GOBIERNO SE RETIRA Á SAN LUIS POTOSÍ—DIAZ COMO COMANDANTE EN JEFE.

Otra tempestad mas desoladora que la que acababa de pasar, iba á caer sobre la república. Juarez habia sido electo á la presidencia, que hasta ahora ocupó por sucesion constitucional. Varios candidatos se presentaron á disputarla, tan luego como se habian eliminado de la arena las armas de Miramon lo bastante para que pudiera tener efecto la accion popular. Juarez llevaba la ventaja, aunque no era militar, por estar en primera fila como un patriota cuya abstraccion de sí mismo, sabiduría administrativa, y sobre todo tenacidad de ánimo durante la larga contienda, le habian hecho captarse el cariño de todos los buenos mejicanos. Compartia de esta buena suerte el hábil y entendido Miguel Lerdo de Tejada, que era en verdad un rival formidable; pero la muerte lo quitó repentinamente de enmedio, y Juarez fué electo, aunque por una escasa mayoría, sobre sus competidores.

No debia dudarse, atendidas las circunstancias, en reconocer los servicios de tal hombre, y retener en el puesto jefe tan experimentado é influente, para cicatrizar las heridas de la guerra y encarrilar el país por